



TAL VEZ TÚ

ALICE KELLEN 

TAL VEZ TÚ ALICE KELLEN

Copyright © 2016 Alice Kellen
Título original, «Tal vez tú»
All rights reserved.

Todos los derechos están reservados, incluida la reproducción parcial o total de esta obra sin permiso de su autora, así como su incorporación a un sistema informático, su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual. Los derechos de la imagen de la cubierta pertenecen a www.shutterstock.com

«—¿No los odias?

—¿El qué?

—Estos incómodos silencios. ¿Por qué creemos que es necesario decir gilipolleces para estar cómodos?

—No lo sé, es una buena pregunta.

—Entonces sabes que has dado con una persona especial. Puedes estar callado durante un puto minuto y compartir el silencio». (*Pulp Fiction*).

*Para todos los lectores.
Gracias por acompañarme en el camino.*

Contenido

- [1 Elisa, la abogada invencible](#)
- [2 «Jack-debería-ser-ilegal»](#)
- [3 El drama de Julia Palmer](#)
- [4 Conociendo al diablo](#)
- [5 Mierdas de princesa](#)
- [6 Archienemigos](#)
- [7 Remedios urgentes](#)
- [8 Entre amigas, familia y Gerard Butler](#)
- [9 Y entonces llegó él](#)
- [10 Y will survive](#)
- [11 Alcohol, fantasmas y héroes](#)
- [12 Decisiones, decisiones](#)
- [13 El diablo entre mis sábanas](#)
- [14 Un callejón sin salida](#)
- [15 I love berenjenas con atún](#)
- [16 Retomando el control](#)
- [17 Los chicos de telenovela no gruñen tanto](#)
- [18 Primera cita](#)
- [19 Segunda cita](#)
- [20 Tercera cita](#)
- [21 Confesiones y abrazos](#)
- [22 Hasta «Jack el Destripador» tiene sus días tiernos](#)
- [23 El chico adicto a los Froot Loops](#)
- [24 Asunto: no dejo de pensar en ti](#)
- [25 De palabras no dichas y de otras que dicen demasiado](#)
- [26 La cita perfecta](#)
- [27 Desengaños](#)
- [28 Cuarta cita, quinta cita](#)
- [29 He conocido a alguien](#)
- [30 Navidad, dulce Navidad](#)
- [31 Cambios, certezas, decisiones](#)
- [32 La calma que precede a la tormenta](#)
- [33 La última tormenta del año](#)
- [34 Reuniendo los pedazos](#)
- [35 Conociendo a Jack](#)
- [36 Jamás te pediría que saltases](#)
- [EPÍLOGO](#)

1

Elisa, la abogada invencible

Yo nunca fui una de esas chicas que creen en el amor puro e incondicional; me bastaba con un amor práctico pero eficiente. Es decir, no buscaba un príncipe azul que me regalase flores solo porque sí, por el placer de hacerlo, me conformaba con que lo hiciese el día de mi cumpleaños o en San Valentín (evidentemente, tampoco pedía regalos muy originales). Nunca anhelé tener esa clase de sexo brutal que te sacude y te deja aletargada; aceptaba hacerlo una o dos veces a la semana, normalmente con Colin encima de mí y sin apenas detenernos en esa palabra conocida como «preliminares» a la que él parecía tenerle alergia. Y no, tampoco le exigía que fuese especialmente atento o detallista, era suficiente con que fuese «él mismo» y me diese un par de arrumacos por las noches al sentarnos juntos en el sofá con la televisión de fondo y un cuenco de palomitas cerca.

Por suerte, más allá de los regalos, el sexo o la atención, Colin tenía otras virtudes. Por ejemplo, era muy sociable, el tipo de novio que podías llevar cogido del brazo a cualquier reunión entre amigos o de trabajo a sabiendas de que caería bien a todo el mundo y se integraría en el grupo en menos de lo que dura un pestañeo. Además, se le daba bien la cocina, era sumamente ordenado y prefería ver un partido de tenis antes que uno de béisbol o fútbol. Tenía

un pelo de anuncio de champú, una nariz que esperaba que heredasen nuestros futuros hijos y un tono de voz embaucador. Le gustaban los pepinillos en vinagre, la música jazz y cantar en la ducha cuando tenía un buen día. Ah, olvidé comentar que también le perdían las tetas grandes. Y por si os lo estáis preguntando, no, mis tetas no eran grandes. Y sí, Colin me era infiel.

Tan infiel como el protagonista malvado de la última telenovela a la que me había enganchado, con la diferencia de que a Manuel Hilario Peñalver todavía no lo había pillado Lupita de la Vega Montalván con las manos en la masa, mientras que a Colin lo había encontrado hacía un año y medio en nuestra cama con una rubia entre las sábanas.

—¿Elisa? ¿Tienes un momento?

Dejé de divagar y de abrir viejas heridas del pasado al escuchar la severa voz de mi jefe al otro lado de la puerta. Me alisé la impecable camisa blanca que vestía, sacudí mi larga melena castaña tras los hombros y me esforcé por mostrar la mejor de las sonrisas.

Henry entró con paso decidido y acomodó su prominente trasero en la silla vacía que había enfrente de mi escritorio. Luego depositó en la mesa una carpeta de cartón blando con el logotipo azul del bufete de abogados donde trabajaba y las letras que trazaban *Co & Caden* justo debajo. Se toqueteó el poblado bigote.

—Tengo un nuevo caso para ti —anunció.

Henry rondaba los cincuenta años, pero algunas canas ya rompían la monotonía de su cabello oscuro. Y no, no se parecía en nada a George Cloney; la única semejanza que mi jefe guardaba con él era que ambos tenían un pene.

—¿De qué se trata? —pregunté, al tiempo que alineaba (todavía mejor de lo que ya estaban) los bolígrafos de tres colores que siempre tenía sobre la mesa. Uno negro, otro azul y, por último, el siempre eficiente rojo, al que por supuesto le quedaba menos tinta que a sus fieles compañeros.

—Un divorcio.

Sentí un incómodo tirón en el estómago.

—¡Oh, no, Henry! Sabes lo mucho que odio ocuparme de ese tipo de asuntos...

—Es un caso importante y te lo delegué oficialmente hace un par de semanas —me cortó secamente, dejando claro que mis protestas caerían en saco roto—. Vamos a comisión, así que podemos sacar un buen pellizco, Elisa. Y para eso, necesito a la mejor. Y tú eres la mejor.

Suspiré hondo, ablandándome un poco ante la orgullosa sonrisa que me dedicó. Aunque a veces era un hombre algo irascible que carecía de tacto, en el fondo le guardaba cierto cariño. En cierto modo, él había creado la sólida figura de «Elisa, la abogada invencible». Era mi *Geppetto*, y yo su *Pinocho*. Para corroborarlo, solía decir que era su marioneta preferida y nunca tenía demasiado claro si debía tomarme su comentario como un halago o como un insulto.

De cualquier modo, Henry me fichó en su despacho de abogados meses antes de que finalizase los estudios, ofreciéndome un contrato en prácticas, y desde ese mismo instante, me centré plenamente en el trabajo como si el resto del mundo hubiese sido devastado por un virus letal y todos los humanos —a excepción de los que habitaban en aquel edificio—, se hubiesen transformado en una legión

de peligrosos zombis de los que debía escapar. Ese puesto en el bufete de abogados era la gran hazaña de mi vida, así que me sentía agradecida por la confianza que Henry siempre depositaba en mí. Aunque, a decir verdad, tenía grandes razones para hacerlo; casi nunca perdía un caso. Si en mi empresa se hubiese hecho la tontería esa de nombrar cada mes al mejor empleado, mi nombre hubiese acaparado el listado de forma permanente.

Me recosté sobre el respaldo de la silla con los brazos cruzados.

—Ponme al corriente.

Su mirada verdosa brilló con satisfacción.

—¿Te suena de algo el nombre «Frank Sanders»?

—¡Pues claro! ¡Es un actor de Hollywood!

—¡Exacto! Y ese hombre forrado de dinero está a punto de divorciarse.

—¿Representaré a Frank Sanders? —pregunté sorprendida; el bufete en el que trabajaba tenía prestigio, pero no tanto como para codearse con ese tipo de clientes.

Henry rio y sacudió la cabeza.

—No, no, ¡todavía mejor! Su futura ex mujer será tu clienta —aclaró—. No hicieron acuerdo prematrimonial y te aseguro que esa tía está deseando arrasarse con su cuenta bancaria hasta dejarle seco. Elisa, quiero que te tomes este caso muy en serio.

—Sabes que siempre lo hago. No te preocupes —aseguré, e intenté disimular mi gran decepción por no poder representar al marido. Tuve que borrar de un plumazo todas las ilusiones que acababa de hacerme: adiós a practicar surf con Matthew McConaughey, adiós a cenar en casa de Brad

Pitt y mirarle el trasero cuando se diese la vuelta para ir a la cocina a por la segunda botella de vino. Y, por ende, adiós a la posibilidad de pedirle a Angelina Jolie que me confesase sus trucos de belleza (aunque seguro que solo diría: «pues bebo mucha agua al día...»).

Henry asintió levemente con la cabeza y se levantó, apoyando ambas manos sobre los brazos de la silla. Cuando se irguió, volvió a clavar sus ojos en mí.

—Ahí te dejo el expediente. —Señaló la carpeta que minutos atrás había depositado sobre la mesa de mi escritorio—. El lunes te reunirás con Julia Palmer, tu nueva clienta. Y la siguiente semana, Frank Sanders vendrá aquí mismo para que podáis mantener una charla en la sala de reuniones. Me ha costado lo mío convencerles, su abogado es un hueso duro de roer, así que aprovecha la oportunidad. La clave está en lograr beneficios evitando juicios y embrollos; léete el expediente, tienes varios hilos de los que tirar.

—De acuerdo, lo haré.

Henry salió de mi despacho sin despedirse.

Le eché un vistazo al móvil para descubrir que tenía cero llamadas, cero mensajes, cero intentos de comunicación del mundo exterior. Tampoco podía culpar a mis antiguas compañeras de la universidad por huir de mí despavoridas. Era comprensible. Después de anular mi compromiso con Colin, me pasé varios meses monopolizando la conversación cada vez que quedábamos para comer o íbamos a tomar algo. No sé las veces que repetí lo horrible que había sido encontrarlo con su compañera de trabajo; esa rubia de tetas grandes que siempre me sonreía los días que iba a recogerlo a la hora del almuerzo, pero sí sé que, lle-

gados a cierto punto, la gente se cansa de escuchar lamentaciones. El problema era que no podía pararlo, no conseguía dejar de vomitar insultos que seguían sin ser suficiente desahogo. Cabrón. Colin. Gilipollas. Colin. Idiota infiel. Colin. Tonto del culo hasta el infinito. Ahg.

No estaba triste, estaba terriblemente enfadada. Y lo único que logró calmar un poco esa rabia acumulada, fueron las clases de boxeo. Pero cuando salía del ring, volvía a enfurecerme. Además, ¿cómo podía no entenderme el resto del mundo? Conocía a Colin desde los veinte años. Habíamos asistido a la misma universidad y tenía mi vida planificada desde el segundo año de carrera. Trabajo. Casa. Matrimonio. Hijos. Nietos. Muerte. Y entonces, antes de que pudiese llegar a la tercera fase, él lo rompió todo.

Las únicas que sabían de verdad cómo me había sentido, eran mis dos mejores amigas. Hannah había aguantado mi mal humor con una sonrisa en los labios y se había mantenido optimista mientras me ayudaba a recoger las pertenencias de Colin en cajas de cartón y me veía lanzar ciertos objetos contra la pared del salón (la fotografía en la que salíamos besándonos, la cajita donde guardaba nuestros recuerdos, el último frasco de colonia que me había regalado). La adoraba. Y Emma, que el año anterior se había mudado a California por amor y se pasaba el día tomando daiquiris con su novio; me acosó a llamadas, se preocupó por devolver todos y cada uno de mis desesperados mensajes y cogió un vuelo a Nueva York para venir a verme cuando me emborraché un sábado por la noche y le aseguré que pensaba suicidarme tragándome un montón de ciruelas de

golpe (¿quién se cree eso? Emma, siempre tan dramática, claro).

Mi madre, por supuesto, también me conocía bien y no fue fácil engañarla y fingir que estaba genial, pero cada vez que la visitaba me esforzaba por mantener una sonrisa radiante. Con el tiempo, la tarea resultó cada vez más sencilla.

Tras unos primeros meses de duelo, dejé de pensar en Colin. O, mejor dicho, dejé de pensar en él tal y como lo hacía antes; al recordar su rostro ya no veía a ese chico perfecto que me había robado el corazón con un par de miradas, tan solo veía a un hombre cualquiera, un extraño más entre los cientos de desconocidos que caminaban diariamente a mi lado por las calles de Nueva York.

Así que estaba soltera desde hacía más de un año y mi vida se reducía a comer ingentes cantidades de helado *Häagen-Dazs*, vagar en mi apartamento y sufrir un intenso lavado de cerebro por culpa de las telenovelas que me tragaba. La apatía y la rutina eran mis drogas particulares, aunque tampoco es que me pasase el día lloriqueando por las esquinas. En primer lugar, porque yo no lloro; como mucho me enfado, pero llorar no. Y aunque siempre asentía cuando mi madre murmuraba uno de sus habituales consejos, «sonríe en la calle, llora en casa», no lo cumplía de un modo literal. Ni siquiera tras lo de Colin había logrado expulsar una sola lágrima. Tan solo en una ocasión, cuando picaba un poco de cebolla para meterla en el horno junto a dos alitas de pollo y una patata cortada en rodajas, advertí al mirarme en el espejo que el blanco de mis ojos, la parte

visible de la esclerótica, estaba ligeramente enrojecido y, en aquel momento, me pareció algo extraordinario.

De modo que, quizá debido a mi situación, lo último que me apetecía era encargarme de un caso de divorcio. Por experiencia, sabía que los divorcios implicaban dolor, drama y disputas. Yo no quería enfrentarme a eso, ni mucho menos tener que escuchar las intimidades que siempre salen a la luz cuando todo se ha roto, los «a mi marido le gustaba que le diese palmadas en el trasero cuando follábamos», ni «pues sí, hacía el elefante al salir de la ducha fingiendo que su miembro era la trompa. Y, entre tú y yo, tenía poco de trompa y mucho de flautín».

Algo agobiada, deseché la idea de echarle un vistazo al expediente y lo guardé en el maletín para revisarlo durante el fin de semana. Cogí el teléfono y llamé a Hannah.

—¿Todavía estás en el trabajo? —preguntó.

—Sí —me metí en la boca un caramelo de menta con regaliz que acababa de encontrar en el primer cajón del escritorio—. ¿Cómo va todo?

—Mi madre organiza esta tarde una de sus reuniones benéficas y le prometí que me quedaría, ¿te apetece venir a tomar el té?

—Gracias, pero no. Quizá otro día.

Los padres de Hannah me daban miedo.

—¿Nos vemos esta noche, entonces?

—Vale, donde siempre.

—A las nueve —concluyó Hannah.

Todos los viernes por la noche acudíamos a *Greenhouse Club*, una de las discotecas de moda en Nueva York. El sitio estaba situado en pleno Soho y, como los dueños eran ami-

gos de los padres de Hannah, nunca pagábamos por ocupar uno de los reservados. Servían los mejores cócteles de la zona y de vez en cuando se apuntaban al plan Dasha y Clare, que eran amigas de Hannah, o mis (esquivas) compañeras de universidad, pero en realidad prefería que quedásemos solo nosotras dos. Era más divertido y cómodo.

Aquel día, como de costumbre, fui una de las últimas en salir de la oficina. Me pasé el trayecto en metro intentando adivinar las vidas de los demás viajeros, preguntándome si ellos sí conocerían el secreto de la felicidad. Cuando llegué a mi diminuto apartamento, me quité los zapatos de tacón en la entrada e intenté avanzar hasta la cocina a trompicones por culpa del gato negro que se frotaba contra mis piernas con el claro propósito de asesinarme de una vez por todas. No sé cómo, pero logré llegar hasta la nevera sin ser derribada.

—Tranquilízate, *Regaliz* —protesté, pero solo conseguí que maullase con más insistencia. Le di una latita sabor «gambas con salmón» y se puso a comer—. Gracias por perdonarme la vida, colega —farfullé mientras metía una pizza en el horno y activaba el temporizador.

Tenía dos grandes debilidades: Tarantino y sus películas sangrientas y la pizza de cuatro quesos. Por suerte, las reuniones sociales me ayudaban a mantener la línea. En el trabajo, como todas mis demás compañeras, solía pedir ensalada y agua y cuando el camarero listillo de turno preguntaba «¿Algo más?», a pesar de estar muerta de hambre y tener ganas de morderle el puto brazo, cruzaba las piernas con elegancia y lentitud y negaba con la cabeza tras afirmar: «No, gracias. Eso es todo». Así que, después, mientras